

velarnos que, despues de haber establecido su reinado en el razon de todos los elegidos, despues de haber completado el número de los predestinados, despues de haber por el poder de su mandamiento resucitado y reunido en el valle de Josaphat á todos los hombres, vendrá como Poseedor de un nuevo reino, con el aparato de un conquistador y de un Dios, y esa segunda aparicion será tan gloriosa y solemne como la primera fué humilde y encubierta (1).

¡ Ah ! ¿ Quién puede sin estremecerse pensar en la majestad, en la gloria, en el terror de ese segundo advenimiento en que Jesucristo vendrá como Dios que juzga, reina y castiga? ¿ Qué vista podrá sostener su mirada? ¿ Qué espíritu soportar tan solamente su pensamiento? (2).

Una vez reunidos todos los hijos de los hombres, y distribuidos en dos clases, en dos pueblos, hé ahí que de repente se abren los cielos; aparecen globos de fuego, ó impetuosos torrentes de llamas: ése es el fuego de que habla David, fuego que por una parte se convierte para los elegidos en rocío celestial, en brisa vivificadora, en luz de gloria, y que por otra parte acomete y devora á los enemigos de Dios (3). ¿ Qué relámpagos tan siniestros !..... ¿ Qué surcos tan rápidos forma el rayo !..... ¿ Qué estampidos tan horribles los del trueno !..... Quebrántase el universo entero, tiembla la tierra, y agitada por terribles sacudimientos, parece que desaparece ante sus pasos (4). ¿ Qué va á ser de nosotros, desgraciados pecadores?..... ¿ Montañas, colinas, venid á aplastarnos con vuestro peso, venid á poner fin á nuestra existencia, y á evitarnos la vista de su aterradora presencia! (5)..... ¿ Pero á quién dirigimos nuestra voz !..... Ni montañas ni colinas existen ya: al aproximarse el fuego, á la sola presencia del Señor, montañas y colinas se han desecho como la blanda cera, y la tier-

(1) Secundum apparitionem designat gloriosam et regiam; nondum enim in prima regia dignitate fungebatur. (Euseb. Emiss.)

(2) Quis poterit cogitare diem adventus ejus, quis poterit stare ad videndum eum. (Malach., III.)

(3) Ignis ante ipsum præcedet et inflammabit in circuitu inimicos ejus. (Ps. xcvi.)

(4) Illuxerunt fulgura ejus orbis terræ; vidit et commota est terra. (Ps. xcvi.)

(5) Incipient dicere montibus: Cadite super nos. (Luc., xxiii.)

ra, temblando y desolada, parece pronta á volver á la nada (1). Así, los cielos que se agitan, los astros que andan errantes á la ventura, las esferas que se confunden, las bóvedas del firmamento que se desploman, proclaman en presencia de todos los pueblos la justicia infinita, la gloria y el poder sin límites del que llega (2).

¡ Ay ! Si el solo pensamiento de su aparicion nos consterna y nos hiela de espanto, ¿ cómo podremos sostener su presencia? (3). ¡ Ah, que no se efectúe por ahora! ¿ No hay ya bastantes humillaciones y tormentos?..... ¿ Para qué podía servir la aparicion de ese Dios de justicia?..... ¿ Que detenga su marcha!..... ¿ Que no venga?..... ¡ En mala hora he hablado !..... ¡ Héle ahí, ya llega !..... ¡ Hé ahí el glorioso estandarte del reino que ha conquistado !..... *Redit accepto regno.* Hé ahí la enseña triunfal que le precede, conducida por los ángeles y rodeada de un esplendor inmenso (4). Hé ahí el verdadero signo del Hijo del hombre, la cruz. Á su vista, ¿ qué movimiento tan universal, qué murmullo se hace sentir por toda la extension del valle! ¿ Todas las tribus de la tierra lanzan un grito unánime! ¿ Qué sollozos, qué llantos tan universales!..... Á la vista de ese signo augusto de salvacion, los justos lloran de ternura, y los pecadores de remordimiento y espanto. Aquellos saludan á la cruz, esa llave de David que les abre las puertas de los cielos, esa llave que abre sin que nadie pueda cerrar lo que ella ha abierto (6). Éstos se estremecen á la vista de la cruz, que para ellos es una de las flechas fulminantes del profeta Habacuc, destinada á trasportarlos á los infiernos (7), ¡ Gran Dios !..... Los ángeles son noventa veces más numerosos que todos los hombres que se encuentran reunidos en el gran valle. Hélos ahí, como lo habia predicho Jesus (8): se

(1) Montes sicut cera fluxerunt à facie Domini, à facie Domini omnis terra. (Ps. xcvi.)

(2) Annuntiaverunt cœli justitiam ejus; viderunt omnes populi gloriam ejus. (Ibid.)

(3) Ante faciem frigoris ejus quis sustinebit. (Ps. cxlvii.)

(4) Tunc parebit signum filii hominis. (Matth., xxiv.)

(5) Et plangent omnes tribus terræ. (Ibid.)

(6) Clavis David quæ aperit et nemo claudit. (Apoc., iii.)

(7) In splendore fulgurantis hastæ. (Habac., iii.)

(8) Omnes angeli cum eo. (Matth., xxv.)

presentan todos, sin faltar ninguno, para servirle de cortejo y rendirle homenaje á la faz del mundo entero. Hélos ahí, que descienden formados en largas filas, y sus brillantes legiones vienen en el más perfecto y hermoso orden á colocarse en los espacios del viento: ¡Qué rostros tan bellos y majestuosos!..... ¡Qué diversas actitudes, graciosas á la par que terribles!

Y hé ahí, ¡oh terror! ¡oh espanto!..... que se adelanta Él mismo, sentado majestuosamente sobre un trono de gloria, por encima de las nubes procelosas, rodeado de mil resplandores!..... Viene, no de incógnito ó disfrazado, sino descubierto; no para ser juzgado, sino para juzgar; no como súbdito, sino como monarca; no para obedecer, sino para reinar como Hombre y como Dios, para reinar como Padre ultrajado, para desheredar á hijos ingratos, como Rey á quien se ha hecho traicion, para juzgar á súbditos rebeldes: *Accepto regno et reverti.*

¡Cuán grande es la majestad, la gloria y el poder de ese Rey y Señor, á quien no he querido reconocer, ni servir, ni amar!

¡Cuán bello, cuán majestuoso y terrible es ese rostro divino, ese rostro que no respira más que santidad! ¡Qué sentimientos tan dolorosos, qué terrores excita en mí!..... ¡El infierno!..... ¡Mil veces el infierno!..... ¡Que se abra y me trague!..... ¡Que me sustraiga á la vista de su indignacion y su furor! (1)..... Pero no, no. ¡Oh suplicio!..... ¡Oh confusion!..... ¡Oh espanto!..... Estoy obligado á presentarme á Él, á fijar mi mirada temblorosa y consternada sobre su rostro lleno de desprecio, á sostener á mi vez su terrible mirada, y á sufrir todo el peso de la majestad y de la indignacion de su frente majestuosa y severa (2).

¡Venid á contemplarle, judíos!..... Hé ahí el que no habeis querido reconocer el carácter de Redentor. ¡Contempladle, infieles!..... Mirad á Aquél cuyo Evangelio no habeis querido aceptar. ¡Contempladle, herejes!..... Ved á Aquel cuya divinidad y sacramentos habeis negado, y cuya moral y doctrina habeis corrompido. ¡Contempladle, cismáticos!..... Hé ahí Aquél cuya Iglesia habeis querido desgarrar como un vestido hecho jirones. ¡Contempladle, católicos inconsecuentes!..... Hé ahí á Aquél cuyas

(1) Quis mihi det ut in inferno... Abscondas me donec pertranseat furor tuus. (*Job*, XIV.)

(2) Vultus autem Domini super facientes mala. (*Ps.* XXXIII.)

leyes violasteis, cuyos templos profanasteis, cuyos ministros procurasteis desacreditar, cuyos sectarios ridiculizasteis, y cuyos sacramentos despreciasteis, hollando con vuestros piés su sangre adorable. Contemplad y mirad ahora ¡ay! demasiado tarde, cuán mal habeis obrado en abandonar y tratar de ese modo al Señor vuestro Dios (1).

¡Ah!..... Es el verdadero Hijo del hombre; pero en su humanidad con la persona del Verbo, concentra toda su majestad, todo su poder, toda su gloria de Hijo de Dios; y precisamente porque siendo Hijo de Dios se hizo hombre, para redimir al hombre y salvarle, ha recibido del divino Padre el poder de juzgar á todos los hombres (2).

Héla ahí que establece su tribunal en las alturas de los cielos. Hé ahí que hace traer y abrir los libros de la ley: los de la ley natural para confundir á los infieles; los de la ley escrita para confundir á los judíos; los de la ley evangélica para confundir á los herejes, los cismáticos, los falsos católicos y todas las clases de pecadores (3). Hé ahí colocados en buen orden á su lado sobre brillantes nubes, los patriarcas, los profetas, los mártires, las vírgenes, los confesores, los santos y todos los elegidos; porque ellos tambien deben tomar parte en la sentencia suprema, y pronunciar una condenacion final, no sólo contra los hombres, sino ademas contra los ángeles prevaricadores y rebeldes (4).

Pero ese juicio, como cualquiera otro, debe ser preferido de una acta de acusacion: los malos hechos de cada uno deben ser conocidos y probados ántes de pronunciar la sentencia. Pues bien, ese exámen y esa prueba, se hacen precisamente como lo habia dicho San Pablo: es decir, que cada uno no es interrogado para que haga la confesion de sus faltas, sino que una inmensa y divina luz descende del trono majestuoso y deslumbrador del Juez supremo y eterno, y producen una claridad enteramente nueva, una claridad que no tan sólo disipa las tinieblas materiales del mundo, sino tambien las tinieblas espirituales del cora-

(1) Scito et vide, quia malum et amatum est reliquisse te Dominum Deum tuum. (*Jerem.*, II.)

(2) Dedit ei potestatem judicium facere, quia filius hominis est. (*Joannis*, V.)

(3) Judicium sedit et libri aperti sunt. (*Dan.*, VII.)

(4) An necis quoniam et angelos judicabimus? (*I, Cor.*, IV.)

zon; una claridad cuyos divinos resplandores son tales que todo lo que estaba oculto se pone de manifiesto, todo lo que estaba olvidado viene á la memoria, todo lo que estaba sepultado vuelve á la luz, y en fin, la historia de cada uno se pinta en su rostro (1). Como un espejo, por efecto de la luz que refracta, iluminando el objeto que se le presenta, reproduce fielmente su imagen, del mismo modo esa claridad divina, mientras que descubre las recónditas profundidades del corazón humano, repite fielmente en sí misma toda la historia de los corazones que tiene presentes; así también Nuestro Señor con algunos caracteres representó en el polvo del suelo, como en un espejo, todos los pecados de los maliciosos acusadores de la mujer adúltera, por manera que cada uno pudo leer distintamente sus propios pecados y los de los otros, así también en ese día, en la luz misma de Dios, como en un espejo inmenso, se encuentra representada y escrita claramente la historia de cada hombre, y cada uno la lleva reproducida sobre su propio rostro, de suerte que todos pueden conocer el de su propia historia y la de los demás. ¿Qué más podremos decir? Esa manifestación es como un libro abierto á todas las miradas, escrito en caracteres perfectamente legibles, é inteligibles á todos, en el que cada alma, sin poder ya fingir ni disfrazarse, sin poder ya disimular ni mentir, sin poder disculparse ni excusarse, se conoce á sí misma, y es conocida de las otras, tal como realmente fué desde la cuna á la tumba. En fin, los ojos de cada uno, con la grande reverberación de esa luz divina, llegan á ser tan penetrantes como los mismos ojos de Dios, y pueden remontarse hasta el principio de la historia de todos los hombres, y seguirlos en todos sus extravíos. El mundo no fué anteriormente más que una grande masa de hombres engañadores y engañados. Ninguno, por más hábil y previsor que fuese, podía penetrar ó adivinar lo que encerraba el corazón de otro: los más sinceros disimulaban siempre alguna cosa. Todos los pecadores fueron más ó ménos hipócritas: los más descarados procuraron siempre ocultar ciertos vicios, ciertas bajezas. Pero en ese día no quiere que se ignore nada; quiere pesarlo todo, y no perdonar nada; quiere que todo sea reconocido, porque

(1) *Illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium.* (1. Cor., IV.)

todo debe ser recompensado ó castigado: *Illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium.*

¡Oh manifestación inefable!..... ¡Oh día!..... ¡Oh luz!..... ¡Oh claridad!..... ¡Cómo se conoce todo en ese día, cómo se ve y se comprende sin enigmas, sin misterios, sin engaño!..... ¡Cómo se ven claramente los planes de la Providencia divina, la economía de la redención, la justa distribución de sus gracias, todo lo que había de razonable en la fe, la dulzura de las leyes divinas y la facilidad de las vías que conducen á la salvación eterna!..... Ahora se ve que á ningún hombre falta la luz necesaria para conocer la verdad, ni el auxilio para ponerla en práctica, y que nadie se ha perdido sin quererlo. Todas las dificultades quedan allanadas, todas las dudas disipadas, todas las verdades manifestadas, todos los errores confundidos, todos los vicios descubiertos, todas las malas acciones consignadas.

¿En dónde están el aire desdenoso del filósofo, la sonrisa burlesca del impío, la soberbia indiferencia del incrédulo, el tono dictatorial del hereje, y el insolente descaro del libertino? Nadie se atreve ya á sostener como plausibles ciertos errores, como razonables ciertas blasfemias, como lícitos ciertos provechos ó ganancias, como permitidas ciertas libertades, como inocentes ciertas amistades, como perdonables ciertas travesuras, como justas ciertas venganzas. ¡Qué hermoso triunfo para la religión divina, para la santa moral, para la verdadera virtud! La impiedad conoce sus delirios, la filosofía su orgullo, la herejía sus sutilezas y rodeos hipócritas, la corrupción todas sus torpezas. En ese día, todos, con la cabeza baja, la frente inclinada y la mira abatida, permanecen silenciosos, humillados y confundidos. «Toda iniquidad, ha dicho el Profeta, cerrará su boca» (1). Y, en efecto, nadie puede cerrar los ojos á la luz que le circuye, nadie puede obstinarse contra la evidencia por la cual es convencido, nadie puede mentir contra el testimonio de su propio corazón que le condena: *Illuminabit abscondita tenebrarum.*

¡Ahí están todos los fabricantes de falsas religiones, todos los doctores de la herejía!..... ¡Cómo aparecen escritos sobre sus frentes los vergonzosos motivos, los viles intereses, las malignas intenciones que impulsaron á un Belo á introducir la idolatría, á

(1) *Omnis iniquitas oppilabit os suum.* (Ps. XVI.)

un Caifas á obstinarse en el judaismo, á un Mahoma á imponer el Coran, á un Arrio á infestar la Iglesia oriental, á un Eutyches á seducir el Egipto, á un Donato á devastar el África, á un Focio á desgarrar la Grecia, á un Lutero á arrastrar la Alemania al error, á un Calvino á infestar la Francia, y á un Enrique VIII la Inglaterra!..... Hoy se ve claramente que todos esos hombres no estaban persuadidos de lo que querían persuadir á los demás, y que no creían lo que querían hacer pasar por artículos de fe. No, se verá que no fué cierto que quisiesen conducir á los otros por el camino de la virtud y de la verdad; sólo quisieron abrirse un camino más libre, é inmolar un sin número de víctimas á sus pasiones. La impostura, la mala fe, la calumnia, el fraude y la mentira, fueron las únicas armas de que se valieron para seducir á los pueblos y arrastrarlos por el camino del infierno. «La iniquidad ha mentado á sí misma» (1).

Ahí están también sus desgraciados sectarios. ¡Cuán absurdos fueron, cuán insensatos, y cuánto estuvieron en contradicción consigo mismos!..... ¡Insensatos hasta creer que la razón pública de los Padres, de los Concilios y de la Iglesia se había engañado en la interpretación de la Escritura, y que en esa misma interpretación no se engaña la razón privada!..... ¡Insensatos hasta reconocer por jefe de la religión á un príncipe usurpador, una mujer cruel, un conquistador afortunado, mientras que no querían reconocer al sucesor de San Pedro!..... ¡Insensatos hasta rechazar las decisiones de la Iglesia en materia de fe, para admitir las de los tribunales y de los parlamentos!..... ¡Llenos de orgullo contra la tiara del vicario de Jesucristo, se mostraron viles ante la corona de hierro y la cimitarra!..... Desecharon las verdades incomprensibles, para abrazar incomprensibles errores; se rebelaron contra la autoridad establecida por Dios en la Iglesia, para someter su cabeza al yugo y á la autoridad usurpadora del hombre.

¡Ahí están los incrédulos!..... ¡Ah! ¡En conjunto cuán infames y ridículos parecen, cuán ignorantes y abyectos!..... Hoy se ve muy bien lo que era el profundo exámen que suponían haber hecho de la religión, y que no les impidió el ser curiosos oyentes de hombres corrompidos. Se ve muy bien que si dogmatizaron

(1) Mentita es iniquitas sibi. (Ps. xxix.)

contra el Evangelio, fué únicamente por no haber tenido valor para practicarle; que desde el día en que cesaron de caminar por la senda del pudor, comenzaron á vacilar en la fe, que la oposición de su razón á los dogmas revelados fué un pretexto, pero que la oposición de sus corazones á las leyes divinas fué el verdadero motivo de su irreligión; que estóicos en punto á doctrina, fueron constantemente epicúreos en sus costumbres, falsos, impíos y verdaderos libertinos; no quisieron la pureza de la fe, porque no querían la pureza de las costumbres. El Profeta había dicho: «No han querido comprender, por temor de verse obligados á vivir bien» (1).

Allí está también el triste enjambre de los hipócritas. ¡Desgraciados!..... ¿De qué les ha servido el componer su rostro con un aire de modestia, con un tono de piedad sus discursos, el vestir con sencillez, y aparentar en sus maneras las exterioridades de la amistad?..... «Habeis puesto vuestra confianza en la mentira» (2), había dicho el Profeta. Está reconocido que el celo de aquel eclesiástico no era más que ambición; que el exterior modesto de esa jóven encubría abominables intrigas; que las demostraciones de afecto de ese supuesto amigo ocultaban ignominiosas traiciones y verdaderas perfidias, y que bajo la máscara de la religión y de la regularidad, ese hombre, al parecer tan formal, encubría un corazón impío y una vida licenciosa. Ahora, ¡qué confusión!..... ¡El rubor enciende su rostro como un fuego devorador, cuando se ven descubiertos por lo que fueron!.....

Ahí está la multitud de los pecadores. Á la vista de todos se desarrolla el cuadro de cada vida. ¡Cómo mancillaron el manto de la inocencia, el pudor, la piedad de sus primeros años, con astutas mentiras, con arrogantes desprecios, con discursos obscenos, con secretas torpezas, y con comuniones sacrílegas!..... Cuando llegaron á ser adultos, á la par que crecían en edad, crecían en malicia. ¡Cuántas veces atentaron contra la reputación de otro, valiéndose de mentiras y de calumnias!..... ¡Por medio de cuántas usuras paliadas, de estorsiones manifiestas, por cuántas usurpaciones é injusticias irritantes, causaron perjuicio al prójimo en sus posesiones é intereses!..... ¡Con qué audacia osaron codiciar

(1) Noluit intelligere ut bene ageret. (Ps. xxxv.)

(2) Confisa es in mendacio. Jerem., xliii.)

y seducir la esposa de otro, corromper y despues abandonar á la candorosa jóven!..... No respetaron ni los lazos del parentesco, ni las consideraciones de la amistad, ni las leyes de la religion. Las murmuraciones y los insultos, las imprecaciones y las blasfemias, los perjuros y las obscenidades mezcladas en todos sus discursos, las rivalidades y las traiciones, las enemistades y las venganzas, las intemperancias y los escándalos, los fraudes y las supercherias, las injusticias, el juego, las orgías y todas las abominaciones que San Pablo prohibió hasta el nombrar, y que es mucho más vergonzoso el cometer, hé ahí cuál fué la ocupacion de toda su vida.

Esas que se ven más allá, son las mujeres mundanas. ¡Cuán bien se ve ahora que se adoraron á sí mismas!..... Idólatras de su talento, de sus cualidades exteriores, de su hermosura, de sus gracias, sacrificaron á su ídolo su tiempo por las diversiones, y sus bienes por el lujo, la modestia por sus actitudes, poco decentes, y el pudor por relaciones licenciosas. No contentas con conducir en triunfo á su ídolo por las calles, las tertulias, los espectáculos y las reuniones para atraerse las miradas impúdicas de los concurrentes, se atrevieron á llevarle hasta los templos santos, para usurpar allí las adoraciones y homenajes que sólo son debidos á Dios. Mas ahora se ve cuán vanas fueron, cuán ligeras, disimuladas, mentirosas é infieles; y cómo bajo una exterioridad seductora encerraban un corazon pérfido, un carácter abyecto, y un alma criminal.

¡Ah! ¡Hé ahí esos vergonzosos ídolos á los que tantos hombres imbéciles sacrificaron desde por la mañana hasta por la noche, y á los que juraron fidelidad y amor, llevando por complacerlos la desolacion á una familia ántes amada, maltratando y conduciendo al sepulcro, algunas veces por un crimen, á sus inocentes y castas esposas, y no retrocediendo ante la pérdida de su alma, de su Dios y de su eternidad!..... No podria decidirse cuáles fueron más viles y más infames, si semejantes ídolos, ó sus adoradores, ni en este dia quiénes deben tener más vergüenza y más confusion. «Sí, serán confundidos, ha dicho Isaías, por los ídolos á quienes habrán sacrificado» (1).

Aquellos fueron ricos en el mundo, fueron nobles, dignatarios,

(1) Confundentur ab idolis quibus sacrificaverunt. (Is., 1).

príncipes, señores, poderosos; pero hoy todo el mundo ve cómo llegaron á serlo, y qué triste uso hicieron de su grandeza. Éste se enriqueció porque heredó á un especulador avaro, ó á un afortunado usurpador; ese otro, porque jamas socorrió á los pobres, porque no pagó los salarios debidos, ni satisfizo á sus acreedores, ni cumplió con la entrega de los legados; ó bien porque procedió de mala fe en sus contratos, ejerció la usura, se apropió depósitos, ó usurpó el matrimonio de la viuda y del huérfano. ¡Ah! Hoy ya se sabe y se tiene la prueba de que aquél llegó á la grandeza por la vía de la bajeza, de la intriga y de la calumnia; éste, por la prostitucion y la deshonor. Se sabe que todos los hombres no fueron ricos y grandes, sino para embriagarse de orgullo, para oprimir á sus inferiores, para suplantar á sus iguales, para abusar de la necesidad, de la dependencia, de la pobreza; para hollar impunemente con sus plantas el pudor; para sostener el lujo y el juego, y para mantener bufones, parásitos y cortesanas.

Aquellos fueron jefes de familia. ¡Oh! ¡Cómo se ve hoy que por su connivencia, por su enseñanza y por sus escándalos, se han perdido sus hijos y los individuos de su casa! Padre bárbaro, él fué el primero que, con sus declamaciones contra las prácticas de la religion y sus ministros, extinguió la fe en el corazon de su hijo. Madre criminal, ella fué la primera que esparció en el corazon de su hija los gérmenes de la vanidad; la que, con su ejemplo, la inspiró la pasion de la idolatría de sí misma, el deseo de agradar al mundo, la aficion á los espectáculos, á las diversiones, á los adornos poco modestos, á las maneras libres, y que más tarde alteró completamente y anonadó en ella todo sentimiento de pudor y de piedad.

¡Oh rubor! ¡Oh vergüenza! ¡Oh angustia! Exclama entónces el pecador. Soy conocido de todos, mejor que me conocia á mí mismo. Todos ven clara y distintamente el torrente de iniquidades que sin cesar fué aumentándose con nuevas faltas, por manera que sólo dejé de pecar cuando de existir. Todos penetran las fibras más sutiles y más íntimas de mi sér, y leen en ellas todos los pensamientos que han ocupado mi espíritu, todos los movimientos que han deshonrado mi corazon, mis designios quiméricos, mis transportes ó arrebatos febriles, mis necias esperanzas y mis deseos insensatos. Nada se les escapa: ni mi más secreta malicia, ni la bajeza, la impureza y la vileza de mis intenciones,